

los españoles del año 8 no hemos de ponernos al lado de los que preferían una forma de gobierno que podían conquistar de otro modo á la dignidad y á la independencia de la patria.

Al retirarse á sus casas, tristes y cabizbajas las antiguas corporaciones del Estado veneciano, fueron acogidas por los demócratas á los gritos de ¡Viva la libertad! ¡Viva el pueblo! y el pueblo contestó con un ¡Viva San Marcos! que tuvo en consterna-

ción durante todo el día y la noche á la ciudad. Pero este movimiento de las bajas y fanáticas clases venecianas no podía tener resultado alguno, pues era el producto espontáneo de la indignación popular. Lo único que supo hacer el motín fué saquear las casas de los demócratas, de Spada, Zorzi y otros, de modo que al otro día, en medio del mayor orden y silencio, entraban los franceses en Venecia como defensores del orden, de la tranquilidad y del



KERSAINT y COUTHON

gobierno legal de Venecia. De esta pacificación se encargaron algunas compañías italianas que estaban en Chioggia.

«Así desapareció,—dice Sybel,—ese poder, cuyos poseedores, durante siglos habían hecho de la ciudad de las lagunas, una gran potencia europea, un centro del comercio universal, un foco de la civilización. Desapareció por razón de su decrepitud, sin dejar heredero de sus bienes, hoy día aniquilados.»

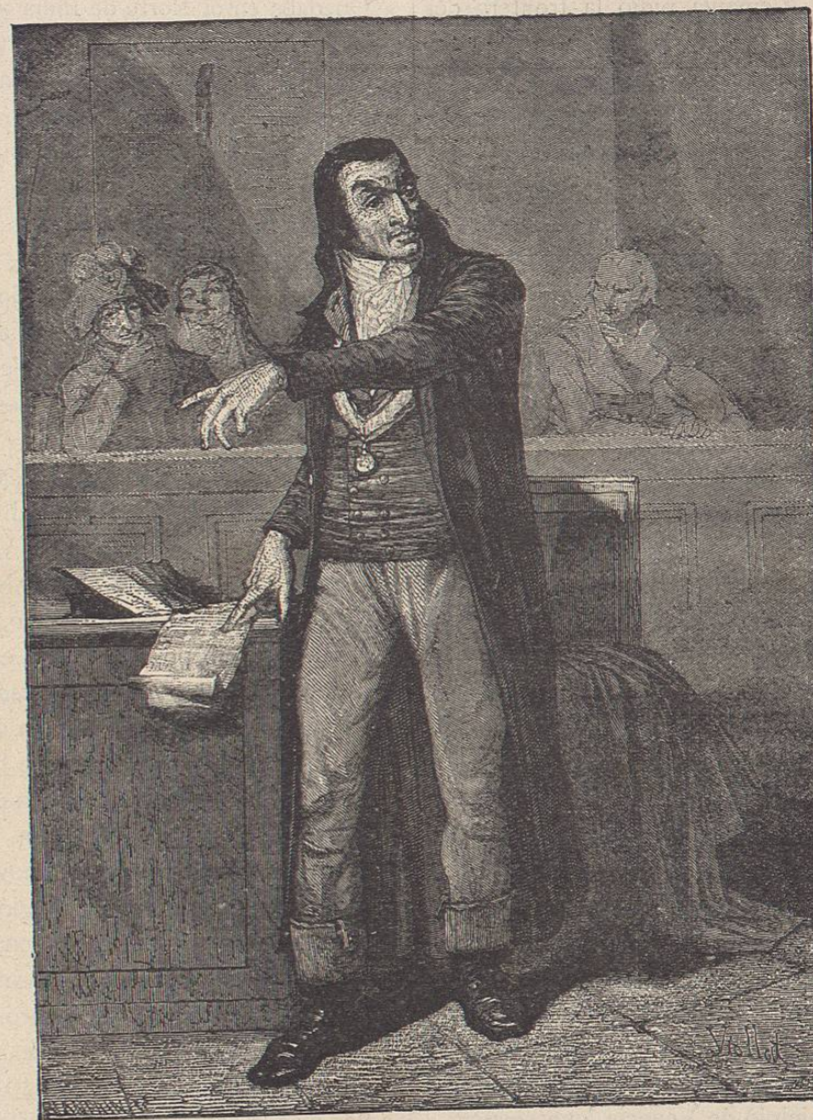
Cuando Bonaparte se enteró de lo ocurrido en Venecia,—13 de Mayo,—y vió que la república había caído en sus manos, pues carecía de autoridades políticas que la representasen y dirigieran, se apresuró á escribir á Merveldt para acelerar la conclusión de la paz definitiva, bien convencido de poder hacer la paz á su gusto y á gusto del Directorio que

en modo alguno quería retroceder la orilla izquierda del Rin, al mismo tiempo mandó á Baraguay de Hilliers que ocupara á Venecia, pero esto se hizo en virtud del tratado de paz entre Francia y Venecia, que se celebró el 16 de Mayo de 1797 y por el cual se pactaba, además, que se pagarían á Francia tres millones en metálico y tres millones más en municiones navales, y se le darían tres navíos y dos fragatas en buen estado, veinte cuadros y quinientos manuscritos. Por este tratado se declaraba disuelto el Gran Consejo y transmitida la soberanía al conjunto de los ciudadanos, y como este conjunto no tenía un órgano hasta que este órgano existiera, Francia se substituía de hecho en el gobierno de Venecia, pues la municipalidad de esta ciudad era como la de otra cualquiera ciudad de la república. La hábil y traviesa política veneciana había, pues, desapa-

recido con el patriotismo de los que se habían atrevido á luchar solos contra el gran turco. Sin embargo, como el tratado sin ratificación no tenía fuerza alguna, el municipio de Venecia deseando abrogarse la autoridad del Estado para que éste existiera, pidió y obtuvo de Bonaparte el poder re-

presentar la unidad de la patria, y en su consecuencia poder rectificar el tratado.

Thugut vió con espanto lo que acababa de ocurrir en Venecia. Creía que Bonaparte habría tomado en guerra abierta dicha ciudad para entregársela atada de piés y manos, pero en modo alguno que



FOUQUIER TINVILLE

se apoderara de ella democratizándola para que Austria debiera á la vez que acabar con la independencia de aquel Estado, con sus libertades. Apresuróse, pues, por su parte al saber lo ocurrido, á enviar á San Gallo, embajador del rey de Nápoles que había acompañado siempre á Merveldt, instrucciones precisas y terminantes para concluir la paz cuanto antes, dando ahora al duque de Módena las legaciones, ó bien el Brigau austriaco y á Francia el condado de Falkestein si era preciso, entrando

desde luego Austria en posesión del Veneto. De modo que ya la reunión del Congreso general para tratar de la paz se dejaba á un lado, y lo que se quería era ese Veneto que se había ofrecido cuanto antes, es decir, antes de que la democracia fuera echando más raíces en aquel suelo ya de antiguo republicano.

Bonaparte admitió desde luego que el Congreso para la paz general se abriera en Rastadt el 1.º de Julio de 1797 y que allí se presentaran las bases de

la misma, convenidas previamente entre Francia y Austria á su sanción, y no á su discusión, por lo que urgía que de aquí á entonces tuvieran la fuerza de hechos consumados. Pero Bonaparte pedía ahora por frontera la línea del Adige, es decir, Brescia y Mantua y en modo alguno quería ceder Ferrara y las legaciones á Austria, esto por lo que toca á Italia, y respecto de Alemania pidió la frontera del Rin en cambio de que Austria se quedara con el arzobispado de Salzburgo y el arzobispado de Passau. La secularización, pues, de los obispados alemanes continuaba haciendo su camino. A Prusia sólo se le daría una composición por Cleveris, y aún Cleveris mismo, si tanto insistía. Fuera de esto la Constitución del imperio alemán no debía sufrir otra variación.

San Gallo se dejó seducir por Bonaparte y ofreció insistir con Thugut para que se aceptasen las proposiciones de Bonaparte, dado que ahora ganaba Austria á Venecia misma, lo que le daba 50.000 almas de las que se le habían cedido en Leoben, y con Venecia, un emporio marítimo, industrial y artístico de primer orden.

Bonaparte escribía al mismo tiempo al Directorio, para disponerle en favor de sus combinaciones, que creía impolítico atentar á la Constitución del imperio alemán, que tal cual era, de no existir, habría que crearla para seguridad de Francia, pues Alemania dividida en cien pequeños Estados, era un cuerpo sin energías suficientes para detener ni imponerse á Francia. Respecto de Venecia la declaraba incapaz de la vida moderna y que lo que convenía era saquear sus arsenales, apoderarse de sus escuadras y de sus islas, y guardar para Francia á la conclusión de la paz el archipiélago Jónico y Ancona á fin de dominar el Adriático. Pero si sobre esto pedía la aprobación del Directorio, conforme á su sistema, procuraba llevar la cosa adelante, y al efecto, conseguía de acuerdo con el municipio de Venecia, que se mandara una expedición á Corfú franco-italiana mandada por el general Gentili, á quien decía Bonaparte en sus instrucciones, que á toda costa debía procurar bienquitar Francia con sus naturales, hablándoles de independencia y de libertad si veía que esto deseaban aquellos insulares, y, sobre todo, de las glorias de Grecia, de Atenas y Sparta. La expedición fué recibida en Corfú, en medio del más frenético entusiasmo y los franceses fueron saludados como los redentores del mundo. Al mismo tiempo, el contra-almirante Perrée se apoderaba del arsenal de Venecia en nombre de la unión de las dos repúblicas, cuidando no tocar para nada el per-

sonal veneciano. Todo esto era posible porque España con la escuadra de Mazarredo dentro de Cádiz, tenía sujeto á Nelson del otro lado del Estrecho. Estos eran los grandes servicios que prestábamos á la República francesa, que luego nos dirá que, por lo mismo que no vencimos á los ingleses, no les servimos para nada.

Quedaba en el Norte de Italia todavía un Estado minúsculo independiente, que cortaba por el medio las comunicaciones entre Francia y las repúblicas nuevamente creadas, este Estado era, pues, un estorbo, y en los albores de los tiempos modernos un anacronismo. Este Estado era la república de Génova que un día disputara á Venecia y á Barcelona el señorío del Mediterráneo.

Génova se había inmobilizado y sus antiguas instituciones oligárquicas y señoriales se mantenían en pie á despecho de las nuevas ideas con que Francia saturaba la atmósfera de todos los pueblos con la pólvora de sus cañones.

Faypoult, que, como sabemos, estaba en Génova, representaba en la comercial ciudad, á la vez, los papeles de Lallemand y de Villetard. Bajo su protección aparecieron los clubs y las sociedades democráticas y el boticario Morando, fué desde luego, el jefe del partido popular. Todo estaba preparado para un alzamiento popular desde hacía mucho tiempo, pero Bonaparte le había dicho á Faypoult que aguardara hasta tanto que se hubiese decidido la suerte de Venecia. Resuelta ya ésta, le tocó ahora el turno á la cuestión genovesa.

El 20 de Mayo la policía genovesa que iba siguiendo los pasos de la conspiración prendió á dos de los patriotas, y este fué la señal de la revolución. Los afiliados corrieron á casa de Morando, en donde estaba su arsenal, se armaron y se lanzaron á la calle cantando la Marsellesa, exigiendo desde luego al dux Brignole, la libertad de los presos. A los dos días la insurrección guiada por Felipe Doria, un gran nombre genovés, se había hecho dueño de la ciudad y aunque el Senado continuaba constituido y funcionando, se declaró abolido el gobierno aristocrático y establecido el gobierno popular. El Senado viéndose impotente, como la Consulta de Venecia creyó que lo mejor era pedir al embajador francés su protección. En esto se estaba cuando, como en Venecia, estalla impotente la insurrección verdaderamente popular. A los gritos de ¡Viva la Virgen! ¡Viva la religión! y ¡Viva el Dux! el pueblo acomete á los demócratas, los bate en todas partes, y Doria con los más valientes se hace matar en Ponte Reale, el gran centro estratégico de Génova.

Faypoult, aterrado, mandó contraorden á Tolon para que no se presentara la escuadra que había pedido.

Bonaparte, por lo contrario, vió llegada la ocasión deseada. Su ayudante, Lavalette, desempeñó ahora el papel de Junot, en medio del terror de Faypoult, que le creía hombre muerto. El Senado genovés y su Dux consintieron en abolir la Constitución aristocrática de la ciudad, en desarmar el pueblo, en poner sus tropas á las órdenes de los generales designados por Bonaparte, Casabianca y Duphot, y entregar el gobierno de la república liguria á los hombres designados secretamente por Bonaparte. Génova, pues, no era ya mas que un Estado vasallo de Francia. Sólo quedaba en pie la Cerdeña que había ahora encerrado Bonaparte con un cordón de repúblicas que debían ahogar bien pronto la monarquía de los Saboyas.

Thugut creyó por su parte, al ver como Francia iba haciendo su voluntad en Italia por medio de Bonaparte, que también él debía osar, y al efecto mandó ocupar la Istria y la Dalmacia por sus batallones, de modo que no era sólo Francia la que se iba apoderando poco á poco de las provincias venetas, sino que Austria hacia lo mismo, cosa que olvidan los que se escandalizan por la falta de moral política de la República francesa. El santo imperio y los *sans-culottes* no eran, pues, muy escrupulosos en punto á respetar la libertad y la independencia de los pueblos. Ya veremos quiénes les dieron la lección á todos.

Bonaparte dejó hacer, creyó que de este modo Austria tendría confianza en lo que se había pactado, y creería como hecha una paz que el general francés veía siempre en peligro, no ocultando sus temores á los que le rodeaban en Montebello, en cuyo castillo ó palacio tenía su cuartel general, ó por mejor decir, su corte. Sin embargo, aún cuando él, su madre, su esposa y sus hermanos recibían en Montebello honores casi reales, no se notaba todavía en Bonaparte aspiración alguna personal á la suprema autoridad de su patria ó del mundo, sólo piensa en hacer la paz con Austria para lanzarse sobre el Oriente en donde creía que estaba el corazón de Inglaterra, y en donde él, nuevo Alejandro, así llamado constantemente, debía ilustrar su nombre. No por esto dejaba de pensar en la ocasión de presentarse un día delante de Londres para acabar de una vez con el poderío británico.

Este ardiente deseo de paz lo entrevió Thugut y creyó que podría imponerse á Bonaparte dando largas á la conclusión de la misma, pues Thugut no

quería que el Adige y el Pó encerrara la influencia austriaca en Italia, sino que quería por medio de la adquisición de las legaciones unirse á la Toscana, que le ponía en inmediato contacto con Roma y las dos Sicilias. El sacro imperio romano vivía siempre en la imaginación de sus emperadores. Además el triunfo de los moderados en Francia, el advenimiento de Pichegru á la presidencia de los Quinientos, todo le hacía esperar un cambio político favorable á los intereses realistas y conservadores de Europa, y por consiguiente, creyó que lo más prudente y conveniente era favorecer á los moderados franceses y á esperar á que éstos le quitaran á Bonaparte de Italia.

Para nosotros, este es el momento crítico de Bonaparte. Conoció éste inmediatamente el plan de su adversario é hizo de la necesidad virtud. A la parsimonia austriaca opuso la indiferencia francesa, y no hablaba de arreglar la paz sino cuando Merveldt, que había ahora acudido á Montebello á vigilar á San Gallo, le hablaba de ella. Y como comprendía, y esto consta por cartas suyas, y dichos de sus amigos, que Austria esperaba salir gananciosa en el cambio político que presagiaban las nuevas elecciones de diputados, cuyo resultado ya conocemos, Bonaparte fijó también su atención en la política, decidiendo, de seguro, en su foco interno impedir todo movimiento que comprometiera la conclusión de la paz según sus deseos personales. Lo cierto es que desde este momento, Bonaparte, que hasta entonces había prescindido de París y del Directorio, tiene su vista fija en la capital de la república y que el Directorio no tiene sable más dispuesto que el suyo. Sin embargo, Bonaparte, como los generales todos de la república no piensa aún más que en servir á la república, y como Hoche está dispuesto á acudir á donde el Directorio quiera para asegurar su conservación.

El Directorio tenía por este tiempo otras preocupaciones que Bonaparte, pues mientras éste quería la paz para marchar contra Inglaterra, Inglaterra al saber lo de Leoben buscaba de nuevo la paz á todo trance. Inglaterra temía quedarse sola, y además la sublevación de sus escuadras le había hecho correr un peligro demasiado grande para no temer quedar sola delante de la coalición de Francia, España y Holanda.

Sucedió que los marineros, cansados de pedir que se les aumentase el sueldo, que no había tenido aumento desde hacía un siglo, que se suavizase el rigor de la disciplina, y que las presas se repartieran de una manera más equitativa, pues se quedaban con